



MUNDOS EN EXPANSIÓN

JOE HALDEMAN

La obra, hasta ahora
Inédita en España,
que cierra la trilogía
'Mundos'. Una aventura
espectacular en un
futuro muy verosímil

Diez mil valientes colonos se lanzan en pos de las estrellas, dejando atrás un hogar en ruinas. Entre ellos está Marianne O'Hara, que sobrevivió al bautismo de fuego de un cataclismo y resurgió como la última esperanza de una raza condenada. Sin embargo, la locura, las muertes misteriosas y un sabotaje irreversible amenazan la misión y lanzan a la Nuevo Hogar, la nave estelar destrozada, hacia un futuro imposible de imaginar... y a la intrépida Marianne hacia una confrontación increíble que puede significar la abrupta interrupción del último renacimiento de la humanidad.

Estos tres libros son para Gay.

la vida no es: un libro ni siquiera cuando
parece que tiene páginas y capítulos
un comienzo un final cierta progresión
y la vida no es: una película
aunque
a veces parece que estás sentado solo
en la oscuridad
observando a los fantasmas
que aparecen intermitentemente
durante el espectáculo
eléctrico en su alborotado
sin vivir
la vida es esto: un trabajo
de aficionado
no/arte comenzamos
apenas hay tiempo
de aprender
cómo sujetar el pincel
cuyos colores
no son fugaces
cómo utilizar
una línea
pero no nos está permitido volver a comenzar ni jamás
ellos
hacen un gesto
ni apartan
nuestros lienzos
—benjaarons

Prólogo: transcripción

30 de diciembre de 2092, 14.30 [2 de tsiolkovski de 280]

Sujeto: Marianne O'Hara

Máquina: ¿Estás cómoda?

O'Hara: ¡Qué pregunta más tonta! Me siento como un cerdo despiezado, pinchado en una brocheta.

Máquina: Cómoda relativamente hablando. ¿Lista para continuar?

O'Hara: Claro que sí.

Máquina: ¿Por qué quieres abandonar la Tierra?

O'Hara: ¿Por qué quieres tú hacerme esa pregunta?

Máquina: Es la primera pregunta que me dijeron que hiciera. Las siguientes las generarán tus respuestas. ¿Por qué quieres abandonar la Tierra?

O'Hara: No es la Tierra lo que abandono. Es Nueva Nueva York. ¿Te refieres al satélite?

Máquina: El proceso será mucho más rápido y fácil si cooperas. ¿Por qué quieres abandonar la Tierra?

O'Hara: La Tierra ya no existe, al menos la Tierra que yo conocí. Salvajes viviendo en medio de ruinas radioactivas. Enfermedades inteligentes. No hay nada que abandonar. No queda ninguna persona viva que conozca.

Máquina: Si te dieran la oportunidad de volver a la Tierra en lugar de marcharte en esta nave estelar, ¿irías?

O'Hara: No. Ya lo he intentado.

Máquina: Tu respuesta emocional es compleja.

O'Hara: La situación es compleja.

Máquina: Cuando fuiste por primera vez a la Tierra, ¿cómo fue el aterrizaje?

O'Hara: Estaba muerta de miedo. La sensación de caer, de ir demasiado deprisa. Yo sabía que no corría peligro pero mi cuerpo estaba hecho un lío. La gravedad, la inmensidad del mundo de ahí fuera. Horizontes. Al aterrizar rebotamos y el cinturón de seguridad me arañó las caderas y los hombros. Me eché a reír, no sé muy bien por qué.

Máquina: ¿Cómo era la gravedad plena?

O'Hara: La he experimentado en el gimnasio toda la vida, pero no poder escapar de ella era deprimente. Era como llevar un saco de patatas encima y no poder soltarlo. Al principio me mareaba, pero es probable que fuera por lo extraña que era la comida y por el aire y el agua de Nueva York. Bueno, lo que ellos llaman aire y agua. Me vino el periodo una semana antes y el flujo fue más fuerte que nunca; dicen que siempre pasa lo mismo.

Máquina: ¿Por qué retrasaste la menarquia hasta los diecisiete años?

O'Hara: Tú también lo habrías hecho si hubieras crecido en la línea Scanlan. Los chicos eran animales.

Máquina: ¿Y?

O'Hara: Tenía miedo. De niña todo se me daba bien. Me asustaba la idea de que no todo se me diera bien de mujer.

Máquina: ¿Y?

O'Hara: Mi madre tenía unas contracciones horribles, vomitaba durante meses como un reloj.

Máquina: ¿Y?

O'Hara: Me asustaba. El sexo, no podía comprender por qué nadie iba a querer hacer algo así. Quiero decir ninguna mujer.

Máquina: ¿Comprendías por qué querían hacerlo los hombres? Los hombres Scanlan.

O'Hara: A los chicos Scanlan los educaban para ser agresivos. Sobre todo agresivos en el terreno sexual. Uno

me rompió el himen con el dedo en el recreo a los diez años. Dos años más tarde cinco chicos mayores me clavarón al suelo junto a la piscina en un momento en el que no había nadie y se masturbaron encima de mí. Se reían como hienas. Como bestias.

Máquina: Pero los castigaron, ¿no?

O'Hara: No. El primero, el del himen, dijo que fue un accidente. Los otros cinco negaron incluso que estuvieran en la piscina. Fue a mí a quien zurró el consejero por mentirosa. Pero cuando volvieron a intentarlo para vengarse por haberme chivado, yo estaba preparada. A uno le rompí un dedo y a otro le di un mordisco terrible. Le salió sangre. Yo salí bastante magullada, claro, pero no volvieron a hacerme daño. Solo me dejaron traumatizada y con una actitud negativa hacia los hombres.

Máquina: A pesar de ello fuiste muy activa en el terreno sexual después de la menarquia.

O'Hara: Puede que sintiera un gran alivio al descubrir que el sexo me gustaba y que podía hacerlo tan bien como cualquier otra persona. Además, durante los dos primeros años, salí con un devonita. Ellos no paran de follar ni para comer. Me acostumbré.

Máquina: ¿Y cuando lo abandonaste?

O'Hara: Fue él quien me abandonó a mí. Después pasé un par de años mariposeando y coleccionando chicos, a veces incluso dos y tres por semana. Las chicas de la residencia me llamaban la Ninfómana. Luego conocí a Daniel: éramos como uno solo hasta que me marché a la Tierra.

Máquina: ¿Daniel, uno de tus maridos?

O'Hara: Sí, al final nos casamos. Después de la guerra. A mi otro marido, a John, lo conocía de mucho antes. Fue él quien me presentó a Daniel.

Máquina: ¿Piensas seguir manteniendo el triuno?

O'Hara: Los quiero a los dos. Parece que es una relación estable.

Máquina: ¿Y si Daniel o John quisieran a otra mujer?

O'Hara: Eso ya ha ocurrido antes. Con Daniel, no con John. Ha tenido relaciones fortuitas y a veces temporales, pero nunca nada serio ni de una forma solapada. Que yo sepa. Los tres gozamos de libertad para mantenerlas cuando queramos.

Máquina: ¿Las has tenido tú?

O'Hara: No.

Máquina: Has vacilado antes de contestar, y tus reacciones físicas han sido interesantes. Dime en qué estabas pensando.

O'Hara: En un hombre muy simpático de Demografía. Me lo pidió el mes pasado. Le dije que no, pero pensé que quizá sí. Me imagino que todavía estoy considerándolo.

Máquina: Tu cuerpo desde luego lo está considerando. Supongamos que Daniel o John quisieran añadir a otra mujer más al matrimonio. ¿Pondrías alguna objeción?

O'Hara: Tendría que tratarse de una mujer verdaderamente especial para los tres. Es nuestra primera regla: basta con un veto. Si se tratara de uno de los bomboncitos de siempre de Dan, directamente les enseñaría a los dos cuál es la puerta de la cámara de descompresión. A Dan le gustan las chichas guapas, pero tontas.

Máquina: Entonces, ¿por qué crees que se sintió atraído hacia ti?

O'Hara. ¿Es que ahora te ha brotado el sentido del humor, o qué?

Máquina: Voy a ponerte unas cuantas gotas de distintas sustancias en la lengua, de una en una. Dime qué te sugiere cada una de ellas...

(Solo dos meses después de esta entrevista O'Hara dio su consentimiento para que otra mujer, Evelyn Ten, entrara a formar parte de la línea. Era guapa, pero no tonta. Además de doce años más joven que O'Hara, cosa que supuso un problema para ambas durante un tiempo).

0

Identidades

Me llamo O'Hara Primera, Primera a secas para los amigos, y soy humana, aunque no de carne y hueso. He vivido muchos siglos, pero siempre tendré veintinueve años.

Este documento es «mi» historia solo porque ninguna de las otras personas que intervienen es cibernética, de modo que jamás podrían haber vivido durante un lapso de tiempo tan extenso. En una ocasión Marianne O'Hara me llamó vampiro, creo que en broma. Es cierto que jamás me he expuesto a la luz del día, que vivo en una caja y que no moriré; no envejezco. Pero solo extraigo los datos de la gente, no la sangre.

Marianne O'Hara fue la plantilla humana de carne y hueso que dio forma a mi personalidad, y tras la programación inicial ella y yo entablamos conversaciones a menudo. Al principio solo venía para hablar conmigo en cumpleaños y ocasiones especiales, como el día del lanzamiento. Sin embargo, conforme fue envejeciendo, comenzamos a mantener conversaciones cada vez más largas y frecuentes. Ella afirmaba que yo, al ser joven para siempre, contribuía a evitar que adoptara una actitud osificada por completo.

«Joven para siempre». A los cincuenta años O'Hara había olvidado lo vieja que puedes sentirte con veintinueve.

Si existiera otra máquina humana podría contarle esta historia en los escasos segundos que se tarda en transferir

directamente los datos. Y así lo habría hecho, pero dado que voy a contársela a «simples» humanos, me veo obligada a recurrir a artificios más complejos. Pensando en vuestra comodidad voy a tratar de hacerlo en la medida de lo posible con las palabras y el estilo de O'Hara, al menos hasta el momento de su muerte. Por fuerza tendré que contar otras partes como si las vieran otros ojos, aunque la historia sigue siendo de ella en el sentido más auténtico, como espero que quede claro. Ella no cree en fantasmas, excepto en mí.

(El estilo de redacción que tenéis delante es el mío; es decir, es el estilo con el que habría escrito O'Hara de tener mi nivel y mis recursos lógicos, de vocabulario, etcétera. Admito que ella habría sido menos formal. Intentaré recrear esa cualidad cuando comience su historia).

(Algunas partes de la historia están literalmente relatadas con sus propias palabras. O'Hara atravesó esporádicamente períodos en los que escribía un diario con asiduidad y de forma casi compulsiva, sobre todo en momentos problemáticos. Se le daba bien escribir uno, y es evidente que lo hacía con la intención de publicarlo algún día. Su diario de la Tierra se publicó antes de que el *Hogar* abandonara la órbita).

«Nací» o me hice consciente el 29 de diciembre de 2092, [27 de o'neil de 280], pero no me sentí exactamente como si tuviera treinta años como O'Hara cuando terminaron mi programa semanas más tarde. Ella nació el 6 de junio de 2063, [2 de freud de 214]: veintidós años terrícolas antes de la guerra y treinta y cuatro antes de que la nave estelar *Nuevo Hogar* abandonara las ruinas de la Tierra.

El programa que me creó se llamaba «inmersión», o Inducción de Aptitudes por Inmersión Hipnótica Voluntaria. En esencia es un método de almacenamiento y transferencia de ciertos aspectos de la personalidad humana. El *Nuevo Hogar* necesitaba llevarse una amplia selección transversal de esas habilidades humanas para poder comenzar des-

de cero en Épsilon, pero muchas de las personas que las poseían o no podían o no querían abandonar la comodidad y la relativa seguridad del hogar en el satélite, Nueva Nueva York. De modo que hicimos copias cibernéticas de ellos con la intención de imponer algún día esas aptitudes a los voluntarios más dispuestos en cuanto comenzara la colonización. (Naturalmente, como era de suponer, poca gente se ofreció voluntaria por mucho que sus habilidades personales fueran inútiles o redundantes. Y eso es parte de la historia).

Marianne O'Hara estaba a cargo del Comité de Demografía durante las últimas etapas de planificación del viaje del *Nuevo Hogar*, de modo que fue ella quien tuvo que decidir a quién llevarse y a quién conectar a la máquina en el caso de no poder o no querer venir. Y como la idea de pedirle a alguien que hiciera algo que ella no había probado no le gustaba, fue la primera colonizadora que se sometió al proceso de inducción. El prólogo de este documento, más arriba, es la transcripción de parte de esa entrevista de inducción. (La otra voz es la mía, a la edad de un día).

Tal y como ella señala, no es cómodo. Se induce al sujeto a un estado de hipnosis profunda, por lo general con la ayuda de medicamentos, y se conecta su cuerpo con objeto de calibrar cuarenta y tres parámetros psicológicos. Algunos de esos parámetros pueden leerse por procedimientos no invasivos, como el pulso, la presión sanguínea y las ondas cerebrales, pero otros que miden aspectos como la tensión del esfínter y la viscosidad de la mucosa vaginal requieren la inserción de sondas.

Entonces, por espacio de unos diez días más o menos, la máquina interroga en profundidad y con rapidez al sujeto. La fisiología mientras tanto va recapitulando sus emociones; de ese modo las reacciones del sujeto a diversos estímulos sirven para construir un mapa cuantitativo de la personalidad. Posteriormente esos datos se integran en un macroalgoritmo estándar de Turing que crea a una persona

cibernética de aptitudes similares a las del sujeto. Más que «similares».

Hablar de esto me hace sentirme de un modo muy extraño. Como para vosotros describir el proceso de concepción, embarazo y nacimiento: podríais hacerlo con toda exactitud sin mencionar el amor, el cariño o el misterio. Vosotros y yo tenemos en común el misterio.

Atravesar el proceso inverso, es decir, tomar a un voluntario e imbuir en su personalidad ciertas aptitudes nuevas, es todavía más incómodo. Por suerte para O'Hara se le prohibió intentarlo. Se enchufa al voluntario a varios cientos de electrodos. Las preguntas que se le hacen son las mismas, pero se le presentan como sugerencias hipnóticas y se toman por correctas las respuestas del «inductor». Se incita al voluntario a dar las respuestas psicológicas acertadas a imitación del estado físico y mental del inductor en el momento de responder, lo cual puede resultar perturbador a un nivel profundo. Sin embargo puede inyectar «talento» allí donde no lo hay.

Se le prohibió la inducción a O'Hara porque estaba pleórica de talentos naturales. Cuatro títulos, dos de ellos de doctorado, y décimo puesto en los test de inteligencia del *Nuevo Hogar*. Hay poca gente a la que le caiga bien a pesar de ello. En realidad, y tal y como lo veo ahora, más bien estaban esperando a que tropezara.

Lo cual parece injusto. Nadie mejor que yo sabe lo que tuvo que soportar y cuánto tuvo que callar. Aunque en general ella disfrutaba de la vida, casi cada mañana se despertaba en medio de un sudor frío o gritando por algún recuerdo demasiado vívido. A excepción de sus logros escolares no hay nada especialmente notable en sus primeros veintiún años de vida; luego fue a la Tierra y allí, en el transcurso de unos cuantos meses, la asaltaron, la raptaron y la violaron. Mantuvo una relación con un hombre al que asesinaron y después se enamoró de otro al que se vio obligada

a abandonar. El día en el que partió de la Tierra fue el día en el que cayeron las bombas y la historia se detuvo.

Para mí fue una madre, una hermana gemela, y supongo que por esa razón escribo esto. Pero también es importante por otras razones.

Año 0,005

1

Contemplando la Tierra

23 de septiembre de 2097 [13 de bobrovnikov de 290], dos días después del lanzamiento. Supongo que de ahora en adelante será el «día del lanzamiento». En realidad ha transcurrido menos de una hora del segundo día después del lanzamiento. He dejado a mis dos maridos y a mi mujer roncando a pierna suelta en el cuarto a baja gravedad de John. Yo tengo mi propio camarote y cierta intimidad a cambio de soportar un poco más de gravedad. Pero ¿qué puede importar un poco de gravedad cuando estás tumbada? Aunque por supuesto ahora estoy sentada, escribiendo a máquina.

Echaré de menos el tacto de la pluma y el papel. En Nueva Nueva solía escribir mi diario a mano a pesar de que el ordenador acabaría leyendo las hojas manuscritas y reciclarían el papel. Nada de anacronismos sentimentales en el *Nuevo Hogar*, como el papel para el uso personal cuando se tercié. Abandoné incluso el diario de mi año transcurrido en la Tierra, año que terminó de repente a los siete meses. Encargué que me lo encuadernaran en piel en Bloomingsdale.

Bloomingsdale. Acabo de comerme el último caviar que probaré en toda mi vida. Hemos dividido el tarrito en cuatro partes y nos ha dado a cada uno para dos galletitas saladas. John ha abierto una botella de Château d'Yquem